

PSICOTERAPIA, ATRIBUCION Y BRUJERIA EN LA REPUBLICA DOMINICANA

Emmanuel Silvestre

La suerte del dominicano le acompaña hasta en sus desgracias. Cuando le mostramos a un amigo que nos han abollado un guardalodos del carro, éste nos dice: "Que suerte que no te pasó nada a tí". Cuando tenemos problemas económicos jugamos a la lotería. Cuando nos afectan decepciones amorosas y, cómo no, quebrantos incurables de salud, recurrimos a los baños, resguardos y rituales recetados por tradiciones, curiosos, brujas y demás consultores mágicos. Aunque decimos que no creemos en eso, lo intentamos de todas maneras como último recurso, ya que podríamos tener suerte y conseguir el amor o la salud con estos medios. Aquí, "lo último que se pierde es la esperanza".

Estas costumbres, relacionadas con nuestro concepto sobre la suerte, ilustran el hecho de que el contexto cultural dominicano está caracterizado por una visión mágica de la realidad, heredada a través de nuestras mayores influencias culturales; por una parte, la cosmovisión demoníaco-religiosa de la España medieval y, por otra, el universo misterioso de los panteones o conjuntos de dioses africanos representados en los cultos vodú.

Este contexto podría servir por sí sólo de paradigma para explicar cómo la consulta médica que se practica en nuestro país se relaciona con la psicoterapia, en lo que concierne a sus objetivos sociales, así como a ciertos procesos que se encuentran en ambas manifestaciones de lo que, en esencia, constituye una relación de ayuda psicológica.

Sin embargo, esta comparación hará énfasis en las variables psicosociales explicadas por la teoría de la atribución, las cuales orientan la serie de investigaciones que he venido realizando sobre el concepto de suerte en República Dominicana.

Un enfoque metodológico completamente diferente y que, no obstante, llega a conclusiones esencialmente semejantes a las presentadas aquí, se puede encontrar en el trabajo del Dr. Huberto Bogaert (1983) sobre la personalidad de los iniciados al culto vodú en Santo Domingo. Utilizando un instrumento proyectivo de exploración psicológica, el Test de Apercepción Temática, el Dr. Bogaert concluye que las interpretaciones de la posesión como un síntoma de trastornos psicopatológicos olvidan sus dimensiones sociales y religiosas. Nuestros brujos no pueden ser considerados fácilmente como enfermos mentales, sin tomar en cuenta que desempeñan funciones comunitarias de liderazgo, tanto por el dominio religioso que ejercen sobre los creyentes, como por la ayuda que prestan a su comunidad en el alivio de sus males. Los datos que se presentan aquí demuestran que nuestras "consultoras mágicas" son, por lo menos psicológicamente, más fuertes que sus clientes.

Naturalmente, la función del shamán ha sido ampliamente investigada en diversas culturas, sobre todo en sus aspectos antropológicos. Incluso en la cultura taína ha sido encontrada esta función shamánica. Para los taínos, la concepción del universo era también demoníaca y la vida era la unidad integrada de hombres cosas y espíritus. De ahí surgía entonces la necesidad de procurarse la buena voluntad de los dioses para vencer los fenómenos naturales y sociales negativos (Pérez, 1985).

Se ha citado el origen común de la magia y la religión (De Vesme, 1977), considerando la magia "natural", en la cual no intervienen los espíritus, como la antesala de la ciencia; mientras que la magia que busca la ayuda de los espíritus a través de plegarias, ofrendas y ritos propiciatorios sería el paso previo a la religión. El mago, shaman o brujo, desempeña entonces un papel trascendental en su comunidad, ya que sus acciones siempre están relacionadas con la vida y la muerte. Las figuras del médico y del psicoterapeuta actuales, participan de este arquetipo (Silva, 1972). Ellas reviven la experiencia de la imago-Dios o el arquetipo del sí-mismo de la psicología de Jung (Fordham, 1953). Según el enfoque jungiano, las necesidades psicológicas subyacentes que satisface esta figura del sacerdote-mago-psicoterapeuta, son esencialmente las mismas en toda la especie humana, aun cuando se expresen en lenguajes diferentes.

Teoría de la Atribución

Además de la dimensión antropológica apenas esbozada y de aquella considerada por la psicología profunda, la cual debemos retomar luego, se deben enfocar ciertas variables que para la psicología social son importantes al explicar la relación entre el proceso psicoterapéutico y la con-

sulta mágica. Es necesario describir los principios esenciales de la teoría de la atribución, ya que los mismos arrojan bastante luz sobre los procesos psicosociales que intervienen en estos fenómenos relacionados con una cosmovisión o explicación del mundo circundante.

Esta teoría nació con Fritz Heider (1944) a mediados de siglo e intenta dar cuenta de la tendencia básica general que tienen las personas a buscar explicaciones causales. El niño, por ejemplo, desarrolla el pensamiento causal a través del esquema con que aprende a relacionar al actor y al hecho. Por esto los seres animados, especialmente las personas, son el objeto preferido a la hora de atribuir una causa. Esta tendencia a atribuir los cambios en el medio a personas, está relacionada con lo que Piaget llama animismo, es decir, la tendencia a atribuir vida a objetos inanimados.

La misma tendencia se relaciona claramente también con las explicaciones que hacían las personas de las etapas tempranas de la humanidad, sobre aquellos fenómenos de los cuales no podían dar cuenta en base a su experiencia concreta. Tales hechos misteriosos eran explicados en función de los espíritus o dioses que rodeaban y permeaban su existencia.

Se entiende pues que puedan existir ciertos hábitos atribucionales debido al aprendizaje. La experiencia nos dice si nuestras atribuciones son eficaces. Si logramos identificar con precisión las intenciones de un conocido que nos dirige un halago, podremos actuar adecuadamente frente a él. Si pensamos que nos quiere sobornar de alguna manera vamos a comportarnos de manera desconfiada y esquiva. Pero si nos equivocamos al desconfiar, en el caso de que esa persona fuera sincera, podríamos perder una amistad.

En otras palabras, nuestras atribuciones tienen consecuencias en términos de recompensas y castigos y, por consiguiente, pueden aprenderse hábitos para atribuir ya sea a través del reforzamiento directo o la imitación.

Aquellas personas en quienes han sido fomentadas culturalmente la responsabilidad, la competición y la superación individual, adquieren la expectativa de que son capaces de controlar el medio ambiente con su conducta. Es decir, hacen atribuciones internas, buscan en sí mismos las causas de los eventos que le suceden y por esto han sido denominados *internos* (rotter, 1966). Se ha comprobado que los niños más internos perciben a sus padres como más afectivos, más protectores, brindándoles más ayuda instrumental y aprobación, así como utilizando menos castigo físico (Katkowsky et al, 1967; Mc Donald, 1971).

A diferencia de los países desarrollados, en lo cuales la sociedad enseña desde la infancia a tener expectativas internas, en América Latina las estructuras sociales que provocan marginalidad social, los acontecimientos histórico-políticos donde prima la incertidumbre, así como la imprevisibilidad del clima, provocan más bien expectativas de tipo externo. Ante la realidad de no poder controlar la situación, se considera que quien controla lo que le sucede a uno es el destino, la suerte o el azar. Las personas que habitualmente hacen atribuciones de este tipo son llamadas *externas*.

Desarrollos posteriores de esta clasificación han llevado a conceptualizar una tercera dirección atribucional. Se trata de aquellos que, habiendo sido originalmente internos y habiendo sufrido repetidos fracasos en sus intentos de control del medio, tienden a hacer atribuciones de tipo externo en general, pero localizadas en personas, deidades o instituciones que representan poder a sus ojos. La escala que mide esta expectativa ha sido llamada "Otros Poderosos" y a quienes obtienen alto puntaje en la misma se les conoce como *externos defensivos* (Romero, 1979).

Tanto los puramente externos como los externos defensivos han sido encontrados como psicológicamente más débiles que los internos (Romero, 1979). Las características de los internos representan siempre conductas más adaptativas y más eficaces. Por ejemplo, en un estudio experimental para la Comisión Nacional de Política Energética (Silvestre, 1984), pude comprobar que los conductores más internos tenían una mejor disposición a ser persuadidos para aprender técnicas de ahorro de combustible.

La externalidad ha sido inclusive, considerada como una de las variables que conforman la conocida "psicología de la pobreza", sobre todo en países de cultura anglosajona. Aquí hemos encontrado una correlación positiva entre externalidad y abandono del uso de servicios de planificación familiar. Las mujeres más externas abandonaban más frecuentemente el servicio de planificación (Hungría, 1981).

No obstante, la externalidad parece comportarse de manera diferente en nuestro país. Mientras para los anglosajones ésta se asocia con clase baja, las mediciones llevadas a cabo en otros países de América Latina (Romero, 1979), así como en Santo Domingo y Santiago (Carrión, 1983), constatan la presencia de externos en proporción significativa en todas las clases sociales

La variable que se ha encontrado correlacionada negativamente con la externalidad ha sido la educación. Las personas que poseen una educación universitaria son menos externas que aquellas que tienen más bajo nivel educativo. En el estudio de Carrión, la externalidad defensiva no

pudo medirse adecuadamente porque todos los sujetos obtuvieron puntajes relativamente altos en la escala Otros Poderosos. Dicho de otra manera, todos parecían considerar que existen en nuestra sociedad otras personas o instituciones, como el gobierno por ejemplo, que son las verdaderas responsables de lo que nos sucede.

Pero, las creencias mágicas en la suerte, medidas por las escalas clásicas de externalidad, parecen ser compartidas tanto por nuestros internos, como por los externos, ya que constituyen tradiciones culturales muy arraigadas entre nosotros. En un estudio hecho por Martínez (1983), también para la Comisión Energética, se pudo comprobar que tanto los conductores internos como los externos, aprendían más técnicas de ahorro de combustible cuando se les ofrecía participar en un concurso donde se sortearían boletos para obtener gasolina gratis.

La utilidad de los concursos para motivar a los consumidores ha sido ya utilizada en las campañas publicitarias para incentivar el ahorro bancario. Este tipo de motivación extrínseca es necesaria porque nuestra sociedad mantiene prejuicios sociales que hacen ver al que ahorra como más pobre, más tacaño y más anticuado.

En otros aspectos controlados en estos experimentos sobre ahorro de combustible, los externos seguían teniendo ciertas desventajas psicológicas. Los internos seguían siendo más consistentes en el cambio de actitud, es decir, se mostraban más coherentes entre lo que decían, lo que sentían y lo que hacían con respecto al ahorro.

Atribución y Consulta Mágica

Hasta ahora, los hallazgos presentados permiten formular la hipótesis de que las expresiones mágicas de nuestra cultura no constituyen necesariamente una debilidad psicológica o un estancamiento en el desarrollo del pensamiento causal. La teoría de la atribución permite concebir otra manera de adquirir este pensamiento. De acuerdo con esta posición, es posible desarrollar otro concepto de relación entre actor y hecho, que no sea necesariamente de causa y efecto, el cual sería reforzado y mantenido por el contexto cultural.

Esta diferente relación existía, por ejemplo entre el brujo y la curación, entre los cuales interviene el ritual. El brujo sería percibido más bien como un agente que puede liberar las fuerzas curativas de las cuales participa el mismo enfermo. Si las acciones mágicas son validadas con la aprobación social, el niño puede construir ese esquema especial entre actor y hecho y por tanto, adquirir un concepto de relación causal que admita las coincidencias como instancias explicativas. Una conclusión

semejante se obtiene desde otro enfoque teórico sobre el cual no es posible extenderse aquí. El concepto de sincronicidad desarrollado por Jung, reivindica asimismo una cosmovisión mágica como característica cultural de las sociedades orientales estudiadas por él (Evans, 1964).

En términos operacionales se puede pensar que las creencias mágicas serían compartidas por internos y externos en nuestro país. La relación planteada implicaría que las escalas con que se miden las direcciones atribucionales no sean ortogonales. Esto es, la misma persona podría obtener puntajes altos en internalidad y también en externalidad. Esto sería posible en razón de que la escala que mide la externalidad parece saturada de las creencias ya señaladas como tradicionales sobre la suerte y el destino, mientras que aquellas que miden la internalidad sí investigan expectativas de control sobre el medio.

Para poner a prueba la hipótesis de que la magia no es sólo pobreza psicológica y que puede coexistir con la internalidad por motivos culturales, se diseñó un estudio comparativo (León et al., 1985) entre una muestra de consultoras de Santiago, o sea lectoras de baraja, taza, vaso y vela y sus clientes, así como con otra muestra de personas que decían no creer en la consulta mágica. A consultoras, clientes y no creyentes les fueron administradas las escalas de Levenson de Internalidad, Externalidad y Otros Poderosos, así como una entrevista que buscaba establecer los contenidos de las actitudes de estos tres bloques de sujetos con respecto a temas como la suerte y el destino.

El análisis estadístico de los puntajes aportados por las escalas, permitió establecer que las consultoras resultaron efectivamente más internas que sus clientes. Tal y como se esperaba, no se encontraron diferencias significativas entre el nivel de externalidad de consultoras y clientes. Por otro lado, los clientes, también como era de suponer, obtuvieron puntajes más altos en la escala Otros Poderosos.

Resumiendo, se puede describir el escenario de la consulta mágica a través de la actuación de un cliente que acude a buscar ayuda donde otra persona más poderosa que ella misma, porque no se considera capaz de controlar los eventos que le afectan en su medio ambiente. La consultora sí se cree capaz de influir sobre el consultante para que el mismo resuelva sus problemas o por lo menos se comprometa en una conducta que tienda a lograr ese objetivo. Ella también cree en el destino, pero cree asimismo que a la suerte hay que ayudarla. Aunque las deidades son las que determinan el resultado final de sus invocaciones, cuando algo falla, la consultora admite que no llevó a cabo el ritual adecuadamente o que su cliente no mantuvo la fe suficiente. La similitud estructural de esta situación con la consulta psicoterapéutica es obvia.

En una de las consultas en que participé, una lectora de vela fomentaba a través de sus prescripciones las expectativas internas de sus clientes, estableciendo diferencias aparentemente de acuerdo con el grado de internalidad que percibía en ellos. Para aconsejar cómo lograr el éxito económico, a una persona interna, o por lo menos de alta educación, le aconsejaba poner toda su voluntad en lo que deseaba obtener. A alguien más externo, con menos educación, le instruía sobre un ritual para conseguir dinero, según el cual tenía que colocar tres centavos en una copa de agua que debía ser cambiada diariamente.

Este ritual implica, por lo menos, que la persona se comprometa en una conducta que, aunque simbólica, se relaciona con el esfuerzo propio para resolver sus dilemas y le facilita un posterior cambio de expectativa en lo que concierne a su capacidad para enfrentarse al medio.

Esta anécdota ilustra la necesidad de una especie de caracterología mágica. Los consultores deben ser sensibles a las diferencias de personalidad en sus clientes y esta caracterología parece ser aportada por los santorales o panteones que describen en términos psicológicos las propiedades de las deidades (Cofiño, 1979; Deive, 1975). Así, por ejemplo, una mujer sensual es vista como la encarnación de Anaísa, también conocida como Santa Ana y en Cuba como Oshún. El arquetipo de la maternidad está a su vez representado por Yemayá o la virgen de Regla, también cubana.

A través de lo que ha sido denominado como "Teoría Implícita de la Personalidad" (Sampson, 1971), la consultora parte de un rasgo observado y atribuye al consultante otros rasgos que considera que están relacionados con el primero, porque todos ellos pertenecen a determinada di-
vinidad.

El desarrollo de esta analogía entre panteones y una caracterología implícita, merece un espacio que excede los límites del presente análisis. Pero, la comparación que no es posible dejar de lado se refiere al fenómeno de la transferencia, el cual constituye la esencia misma de la psicoterapia (Jasper, 1959). Para Jung (1972), en su obra *Psicología de la Transferencia*, el psicoterapeuta y el paciente se encuentran en una relación fundada en un estado inconsciente común, en el cual el paciente proyecta sobre aquél contenidos no solamente sexuales sino arquetípicos, que lo colocan en el mismo estado en que se coloca el discípulo que se inicia en la alquimia con respecto a su maestro.

El proceso de la obra alquimista que lleva a la purificación, no sólo de los metales sino del propio iniciado, es comparado paso a paso con

el proceso de individuación que describe para Jung el desarrollo óptimo de la personalidad y viene a ser el objetivo fundamental de su terapia analítica.

De acuerdo con ese enfoque, sería fácil considerar que una consultora pueda despertar en el consultante a través de sus rituales, símbolos y de la fortaleza de su actitud, los mismos contenidos del subconsciente que pueden facilitar la psicoterapia y la individuación si son hábilmente manejados por el terapeuta.

En fin, la ciencia y el modo de pensar occidental, llevan típicamente a la elaboración de sistemas psicológicos y terapéuticos que pueden sin embargo encontrar sus símiles en otras culturas. La psicoterapia se relaciona con el vodú, de la misma manera en que el santoral católico despierta los mismos arquetipos que los panteones vodúistas.

Conclusión

Para sintetizar, los datos presentados nos llevan primeramente a reformulaciones teóricas sobre la naturaleza de la externalidad, tal y como ésta se manifiesta en nuestro país. Está claro que nuestras creencias sobre la suerte y la consulta mágica no deben ser clasificadas a la ligera como expresión de una debilidad psicológica sino como valores característicos de nuestra identidad cultural.

Por esta razón, las escalas que miden esta expectativa deben ser modificadas. La de externalidad debe diferenciarse de la medición de creencias de tipo mágico compartidas por casi toda la población. La escala de Otros Poderosos debería medir expectativas psicológicas de control que no posean respuestas socialmente aceptadas como correctas.

Para ejemplificar estas afirmaciones, los ítemes de ambas escalas que se refieren a obtener trabajo preguntan, en el caso de la externalidad defensiva, si la persona está de acuerdo con que para conseguir trabajo hay que tener un "enllave". Esa pregunta en la escala de externalidad pide que el sujeto exprese si cree que para conseguir ese trabajo hay que tener suerte. Me da la impresión de que la mayoría de nosotros está convencido de que, en este país, para obtener un empleo no sólo hay que tener un enllave o padrino sino también mucha suerte.

Por último, las implicaciones de este trabajo pueden tener también un carácter más práctico. Ya fueron citadas las campañas de ahorro de dinero y de energía como un campo donde se puede aplicar con una intención positiva el conocimiento de nuestras preferencias por los sor-

teos. La publicidad siempre se va adelante en la aplicación práctica de los descubrimientos de la ciencia de la conducta.

Actualmente se puede ver en televisión un comercial que reconoce y exalta que "este es un país muy especial", para aprovechar esa singularidad en el logro de mayores ventas. Los psicólogos deberíamos seguir investigando científicamente eso que tenemos de especial, pero no sólo para vender o ahorrar más.

Puede ser que la suerte nos ayude a encontrar una psicoterapia eficaz que comprenda y respete nuestra idiosincrasia y desarrolle lo que podemos tener de positivo en nuestro modo de ser.